

LA CONFEDERACION IBERO AMERICANA DE ESTUDIANTES CATOLICOS

El 31 de Diciembre de 1933 será una fecha histórica para el catolicismo ibero americano. Y ésto podemos afirmarlo sin ningún orgullo de nosotros mismos pero con mucho entusiasmo por nuestra obra, con una fé infinita en la grandeza de nuestra causa, con una gran esperanza en que, con esfuerzo perseverante y decidido y con ayuda de la Providencia, ella ha de dar grandes y fecundos resultados para gloria de Dios y felicidad de nuestras naciones. Ese día en la Roma inmortal del Cristianismo, representantes de trece países constituyen la Confederación Ibero-americana de Estudiantes Católicos. La unidad en la Fé, la unidad en el ideal, la unidad en la lengua, la unidad de los destinos históricos de nuestras nacionalidades hallaron ese día un nuevo vínculo de robustecimiento en una institución destinada a reunir en un conjunto orgánico a las juventudes universitarias católicas de los países ibero americanos para multiplicar los esfuerzos nacionales a la vez que aunarlos en el ideal colectivo internacional.

Dos circunstancias históricas concurren especialmente a definir la fecha de la fundación de nuestra Confederación. Ella nace en una época de la historia en que la humanidad atraviesa por una crisis extraordinariamente grave y profunda. La desorientación reina en los espíritus y los hombres y los pueblos, después de haber fracasado en su pretensión de construir la Torre de Babel de una humanidad sin Dios, no pueden entenderse entre ellos y no saben cuál será la respuesta al pavoroso interrogante del porvenir.

Y ella nace también en un año en que en todos los puntos de la cristiandad se celebró un nuevo centenario del sacrificio del Dios hecho hombre para redimir a los hombres.

Los representantes de los universitarios católicos ibero ameri-

canos, como tantos miles de cristianos, llegan también hasta la Ciudad Eterna para recibir la Bendición del Vicario de Cristo.

Y allá nació la Confederación Ibero americana de Estudiantes Católicos. Y su espíritu, que debe ser el espíritu universal del cristianismo, ha de extenderse por las tierras de la península ibérica y por las tierras de nuestra América desde México hasta el Cabo de Hornos, para llegar a todos los hombres, para iluminar sus inteligencias y sus corazones.

Por todas partes se habla de crisis. Pero muchos son los que sólo ven la crisis económica y sus consecuencias y no comprenden que ese es sólo un aspecto de la crisis actual, de una crisis que abarca todo el conjunto de la vida humana y que arranca en su principio de una concepción falsa del hombre y de su destino.

Crisis política.—Los pueblos no hallan una forma estable de gobierno que permita el desenvolvimiento de la nación en el camino de la justicia y el progreso y pasan alternativamente del desorden a la tiranía, causa y consecuencia inmediata una del otro y vice versa.

Crisis social.—Lucha de clases, conflictos permanentes entre capital y trabajo.

Crisis económica.—Desequilibrio entre la producción y la capacidad de consumo. Pobreza creciente en las masas populares. Proletarización de las clases medias. Desocupación. Hambre. “La vida económica—dice S. S. Pío XI—ha llegado a ser implacablemente dura y cruel.” Fundada en el productismo y entregada a una consecuencia ilimitada, no ha hallado en el intervencionismo del Estado sino una nueva causa de males.

Crisis intelectual.—Anarquía en los espíritus. Sistemas filosóficos que limitaban la capacidad progresista de la inteligencia al propio pensamiento negándosela para una verdad trascendente, al destruir las certezas fundamentales sobre las que descansa el conjunto de la vida humana han sido la causa fundamental del desorden que hoy reina en los espíritus y de la sucesión de ideas y de doctrinas que sólo aumentan esa confusión.

Crisis moral.—Corrupción de las costumbres.

Desorganización de la familia.

Crisis de la educación.—Primacía de la instrucción sobre la educación. Crisis de aquella por falta de adaptación de medios y programas a los fines. Negación misma de la educación por carencia de una finalidad hacia la cual ordenar el desarrollo de la personalidad del educando. Sucesión ininterrumpida de programas incapaces de dar una verdadera formación humana.

Crisis religiosa.—Ateísmo y materialismo. Sistemas que tratan de satisfacer la natural tendencia religiosa del hombre con mitos como el de la raza, el de la nación, o el del Estado.

Crisis en toda y en cada una de las actividades humanas.

Para los que creen que las sociedades se rigen por leyes físicas habría que esperar del libre juego de estas leyes que vuelva la humanidad a un período de paz y de normalidad.

¡Pero la sociedad humana no es de orden físico sino de orden metafísico. El desorden actual no puede remediarse esperando pacientemente que se desenvuelva el juego de las leyes físicas pues la causa de este desorden está en una concepción errada del hombre y de su destino. Sólo una concepción verdadera puede ser la base de una verdadera cultura humana.

¿Cuál es esta concepción? ¿Es que acaso en este desorden en las ideas y en los hechos no hay una doctrina verdadera, una doctrina capaz de poner en orden las inteligencias y los corazones, de donde resultará el orden en la sociedad? Está el hombre destinado a ser víctima de los peligros que se ciernen sobre él? ¿Vamos fatalmente hacia una regresión?

En la inquietud, la esperanza.

Como en la obscuridad de la noche hay un faro que señala la ruta al navegante, en las tinieblas del error brilla la luz de la verdad.

Hay una institución secular que, como roca incommovible ante los golpes de las olas, se ha mantenido, se mantiene, se mantendrá, pues Cristo estará con ella hasta la consumación de los siglos. ¡Hay una luz que en el trascurso de la historia ha ido señalando a los hombres y a los pueblos cuál es la ruta verdadera, pues ella viene de Aquél que “es el Camino, la Verdad, la Vida.” Hay una institución que, por encausar una verdad universal y eterna, señala en cada momento la verdad de ese momento, fundada en la

verdad de siempre. Hay una doctrina que para todas las inquietudes humanas tiene una respuesta. Una doctrina que dice lo que fué, lo que es, lo que será.

Esa institución es la Iglesia Católica, esa doctrina es el catolicismo.

Los males de la época presente, cuya víctima es el hombre—todo el hombre, espíritu y materia—sólo hallarán remedio en un retorno a los principios fundamentales, en un restablecimiento de la verdadera jerarquía de los valores.

Los hombres, los pueblos, la humanidad entera se revuelven angustiados en busca de una unidad espiritual, de una verdad trascendental y fija sobre la cual apoyar el conjunto de la vida. Esa unidad, esa verdad trascendental sólo puede proporcionarla el catolicismo.

La batalla, la gran batalla de los tiempos actuales no es ni sociológico-política, ni económica: es filosófico-religiosa.

Son las ideas, las doctrinas, las que dirigen la marcha de hombres y naciones. Ellas germinan en la mente de los filósofos, pasan a los discípulos, de ahí al resto de los hombres, se traducen en instituciones políticas y sociales y sus consecuencias van a terminar en lo económico.

Todo gira, pues, alrededor de la concepción del hombre y de su destino. Si se cree que el hombre es un criminal cuya vida está limitada por la muerte, la conducta que él debe tener ante la vida, la forma de organización social más apropiada, no pueden ser las misma que si se cree que la finalidad de la vida está más allá de ella misma, en el Bien Infinito, de donde todo bien procede. Ya lo dijo Santo Tomás: "Si no se sabe cuál es la mejor forma de vida humana, no puede tampoco saberse cuál es la mejor forma de ciudad."

La cultura moderna, influenciada por el Renacimiento por la Reforma, por el Cartesiano, por el criticismo Kantiano, ha colocado su centro en posición errada. Ella es antropocéntrica. Su centro verdadero debe ser sí el hombre, pero no en sí mismo, sino considerado en su finalidad supraterrrestre, lo que nos lleva a que su orientación final debe ser Dios.

"El error del mundo moderno y de la inteligencia moderna—

escribe Maritain—ha sido pretender asegurar el reinado de la razón sobre la naturaleza, rechazando el reinado de lo sobrenatural sobre la razón.”

Se ha llegado así a una subversión de todos los valores y a una supremacía de la materia. “A esta supremacía de la materia —agrega el mismo filósofo—no son sólo los derechos de la inteligencia y de la razón que es preciso oponer, sino también la supremacía de la gracia divina, la primacía de lo espiritual.”

Concepción verdadera del hombre y de su destino en conformidad con la doctrina de la Iglesia. Restablecimiento de la jerarquía de los valores de acuerdo con esta concepción. Orientación de una cultura humana hacia su verdadera finalidad.

He ahí lo fundamental.

De esta base arranca la construcción de todo el edificio

En lo social, en lo económico, en lo político, reconocimiento de la eminente dignidad de la persona humana. La sociedad está al servicio del hombre y no éste al servicio de aquella. La sociedad es el resultado de una necesidad natural del hombre, pero corresponde a éste, ser inteligente y libre, realizarla y perfeccionarla sometiéndose a leyes morales con miras de realizar el bien común, noción trascendente, emanada de la dignidad de la persona humana.

La sociedad no es, pues, el resultado de un contrato arbitrario. Su vida responde a necesidades de orden moral y es, en consecuencia, errado pretender que se rija por leyes de orden físico.

Nosotros afirmamos: Contra el reinado de lo **físico**, el reinado de lo **metafísico**; contra el reinado del **hecho**, el reinado del **De-recho**.

De la dignidad de la persona humana se deduce una concepción del trabajo de su función y de su valor. El desorden en la economía ha sido causado por el liberalismo y por su falso remedio, el intervencionalismo del Estado. La libre concurrencia no puede ser el principio directivo de la vida económica. Tampoco el productivismo. Como dice S. S. Pío XI en la Encíclica *Quadragesimo Anno* este principio debe ser el de la justicia y caridad sociales.

Protección del débil frente al poderoso, armonía entre capital

y trabajo, equitativa destrucción de la riqueza descongestión del Estado de cargas que no le corresponden, serán los resultados de una organización social corporativa.

Política y Economía al servicio del hombre. El hombre al servicio de Dios. Esta es la concepción de una verdadera civilización humana en la que los hombres encontrarán el medio apto para su integrado perfeccionamiento.

Cabe aquí señalar una necesaria distinción. Para nosotros, el desorden del mundo actual se debe a una causa que está en el fondo mismo de la vida humana y la reconstrucción de una verdadera civilización cristiana, requiere atraer la utilización y el alma de los hombres a la verdad cristiana. Pero una civilización cristiana—como dice Maitain—permanece siempre en el orden de lo temporal. Nuestra obra está en el plano de lo espiritual. Nosotros trabajamos en la obra de la Acción Católica que mira puramente a la salvación de las almas, a la construcción de la Ciudad de Dios y, secundariamente, al establecimiento de una civilización cristiana de un orden social cristiano. La labor de nuestra Confederación, como obra de Acción Católica, no es ni política ni apolítica, es suprapolítica, está por encima de la política, como está por encima de la política la obra de la Iglesia, a la cual, jerárquicamente, la Acción Católica está subordinada.

Esto es necesario precizarlo claramente. Los católicos tienen la obligación moral de trabajar en lo social y en lo político, de contribuir al bien común de la ciudad. Pero las obras de Acción Católica deben mantenerse en el terreno antes señalado. Claro está que los resultados de la obra hecha en el plano espiritual tienen su necesaria repercusión en lo temporal pues lo espiritual debe ser el alma de lo temporal y el orden en la sociedad será, como hemos visto, el resultado del orden en los espíritus.

Hasta este momento me he colocado en un plano general. Los problemas en los pueblos ibero americanos, aunque en lo fundamental son los mismos que en los demás países, en sus modalidades adquieren características en muchos casos muy diferentes.

En ciertos aspectos estamos en condiciones desfavorables y en

otros favorables. Nuestro nivel cultural es muy inferior al de los pueblos de la Europa Occidental. Carecemos de una sólida tradición cultural que nos pueda preservar eficazmente de los errores doctrinarios que circulan por el mundo. Pero, en cambio, debido a nuestro natural desfase, muchos de los problemas de la época presente no han llegado aún en nuestros países a adquirir caracteres tan graves como en los pueblos europeos.

Al hablar de ésto, quiero sólo referirme a un punto que me parece de capital importancia. Casi todos nuestros países han sufrido un mal que ha llegado a ser crónico: la copia de los modelos extranjeros. Hemos copiado sin ver si lo que copiábamos correspondía o no a nuestras realidades, a nuestras necesidades, a nuestra cultura.

Contra esto hay que reaccionar y enérgicamente. No para encerrarnos en nosotros mismos, lo cual sería una idea absurda y una pretensión ridícula, sino para ver y estudiar lo que sucede en otros países, para ver lo que, en los modelos que países más avanzados puedan ofrecernos, haya de general, de universal y dentro de esto la parte aplicable a nuestras realidades.

Ante todo, estudio de nuestras realidades a la luz de los principios y tratar de elaborar nuestras soluciones. Tener espíritu amplio para comprender y captar lo bueno, grande y generoso que venga de otras partes. Analizar los modelos y tomar lo que en ellos haya de general y de aplicable en nosotros. Tal me parece que debe ser nuestra actitud.

Las naciones deben conservar su personalidad, desarrollarla, hacerla progresar "Querer ser lo que no se es—escribe Ramiro de Maeztu—es una forma de dejar de ser."

Tres tendencias influyen principalmente en la vida de nuestros países: la que pone su ideal en el progreso material y aún cree en el mito del progreso indefinido; la que pone su ideal en una subversión total del orden establecido, en una revolución violenta de la cual ha de nacer una sociedad colectivista del tipo de la Rusia soviética donde reinará la más completa felicidad para todos los hombres; y la tercera, la que aún cree en las fuerzas del espíritu, la que encarna la idea católica. Errada las dos primeras, verdadera la tercera. Al servicio de esta última está nues-

tra Confederación. Y toca, felizmente, que de esas tres tendencias, la que está contenida en la corriente histórica de los pueblos Ibero-americanos es la última, la que constituye un elemento decisivo en nuestro ser es la idea católica. En un libro admirable, De fensa de la Hispanidad, Ramiro de Maeztu sostiene que en la esencia misma de la Hispanidad concepto que abarca a los pueblos hispánicos, está la colectividad. El pueblo hispánico hizo suya la idea católica de que todos los hombres tienen posibilidad de salvarse. De ahí resulta que en los hombres hispánicos aún en los no creyentes, en su actitud ante la vida se descubre este concepto, y como dice Maeztu: "Decir en lo teológico que todos los hombres puedan salvarse, es afirmar en lo ético que deben mejorar, y en lo político que pueden progresar".

El ideal es el catolicismo, está en pie. Al servicio de él, España y Portugal se lanzaron hacia otros mundos para llevar a sus habitantes la buena nueva, a incorporarlos a la cristiandad. Es este ideal el más sólido vínculo de unión entre los pueblos ibero-americanos. Al servicio de este ideal, en el terreno de lo espiritual, está nuestra Confederación Ibero-americana de Estudiantes Católicos.

Muchas son las razones que contribuyen a realzar la importancia de la unidad ibero-americana, muchos son los vínculos que contribuyen a esta unidad. Todos ellos justifican plenamente la creación de nuestra Confederación que, si bien es cierto, no es la primera tentativa que se hace en este sentido creo que podemos afirmar que es una de las más sólidas. Del terreno declamatorio donde ha estado generalmente situada la idea de la colaboración ibero-americana nosotros pasaremos al del trabajo firme y decidido. Con fé y con entusiasmo, con ayuda de la Providencia, yo creo que algo podemos hacer por la Ciudad de Dios y por el reinado social de Jesucristo en los países ibero-americanos.

Entremos al terreno de lo práctico.

El éxito de la obra de la Confederación depende de la colaboración que reciba de los estudiantes católicos de los diversos países. Ella no es un ente abstracto: **las uniones nacionales son la Confederación.** Cuanto más se comprenda en cada país el ideal

común cuanto más se le sienta, cuanto más se le sirva, mayores serán los resultados.

El primero será un mútuo convencimiento. Yo creo que en las naciones ibero-americanas existe a este respecto algo que parece paradójal. Si a uno de nuestros países ocurre una desgracia, ella es sentida por los demás mucho más fuertemente que si esa desgracia hubiera ocurrido a un país europeo, pero, al mismo tiempo, nosotros sabemos mucho más de lo que ocurre en Francia, Inglaterra o Alemania que de lo que ocurre en las otras naciones ibero-americanas. Existe entre nuestros países un enorme desconocimiento y para llegar a un efectivo entendimiento es condición previa un mútuo conocimiento.

La Confederación con sus organismos, Comités, Secretariados, Institutos, Comisiones, sus publicaciones y demás medios pondrá en íntimo contacto a los estudiantes Católicos ibero-americanos; dará a conocer las aspiraciones, los ideales los sentimientos de los diversos grupos; hará que las experiencias de unos sirvan a los otros; estimulará todos los entusiasmos generosos y los coordinará en miras al ideal colectivo.

Al estar en contacto con los principales centros católicos de todo el mundo y, con las organizaciones de juventud católica, podrá mantener a los estudiantes católicos ibero-americanos al tanto del pensamiento y de las realizaciones católicas de todas partes.

Profundo error sería creer que un organismo internacional como el nuestro pueda ser un obstáculo para la obra nacional que en cada uno de nuestros países debemos realizar. Así como el hombre no está limitado por la sociedad sino que en ella encuentra el medio para su perfeccionamiento, en nuestro concepto de lo nacional y de lo internacional, ese conjunto de valores espirituales que es la Patria no se halla menoscabado sino desarrollado y servido.

Grande, de dimensiones infinitas es la tarea que tenemos por delante. Mucho son los obstáculos que hallaremos en nuestro camino. Pero estos obstáculos no deben desanimarnos sino fortalecer nuestro entusiasmo y nuestra voluntad. Nosotros no trabajamos para nuestra gloria personal, somos sólo instrumentos de

la Providencia y como dicen los versos de Germán en "El Divino Inpaciente":

"que de Dios serán las glorias
y tuyos sólo los yerros."

"La misión intelectual del católico—dice Maitain—es una misión difícil, tan difícil como importante. Hombre, está en el tiempo y sometido a todas las vicisitudes de los acontecimientos. Miembro del Cuerpo Místico de Cristo, está unido a la eternidad su vida arranca de allá donde no se encuentra ni mutación ni sombra de vicisitud su inteligencia está fija a la Verdad primera, su fidelidad a ella es el fundamento de todo el edificio de la gracia en él y el primer bien que toda criatura espera de él."

Estas palabras encierran todo el significado de la misión del católico. Colocado en lo temporal y en lo eterno, hay que pensar el mundo y sus problemas con miras a lo eterno. Fidelidad absoluta a los principios que arrancan de lo Eterno y comprensión de las dolorosas realidades de la vida. Tal es la consecuencia. Ni desentenderse de los hechos de la vida porque creemos trabajar para el espíritu ni dejarnos llevar por el flujo de los acontecimientos sin tratar de dominarlos por el espíritu. El pensamiento católico cuando no puede dominar la contingencia de los hechos no debe perderse en ellos sino que, por lo menos, trazar un ideal histórico fundado en la verdad eterna.

Absoluta intransigencia doctrinal: entre la verdad y el error no hay término medio; pero mucha, muchísima comprensión humana. La verdad integral está en nuestra doctrina, pero en muchas de las doctrinas erróneas que corren por el mundo hay algo de verdad y muchas de ellas han nacido porque nosotros, los católicos y no el catolicismo, no hemos sabido encausar y realizar nuestra verdad. Un adversario doctrinal no un enemigo sobre el cual debemos descargar el peso de nuestro odio: es un hombre como nosotros que va por una vía extraviada. Nuestra misión no es aniquilarlo sino atraerlo al camino de la verdad. Esto distingue fundamentalmente el concepto de lucha que nosotros debemos tener del que otras doctrinas puedan tener.

En conformidad con las normas de la Santa Sede para las obras de Acción Católica de juventud, la obra de nuestra Confederación es más de estudio, de formación profunda en las verdades de nuestra doctrina que de acción inmediata. Sus resultados comenzarán a verse cuando se vea levantarse a generaciones sucesivas con conciencia sólidamente cristiana y sólidamente ibero americana que llevan el ideal católico encarnado en sus propias vidas y que se conocen y comprenden mutuamente.

Medios naturales y medios sobrenaturales serán los encargados de dar ese resultado.

La mañana del primer día de este año, día siguiente al de la constitución de nuestra Confederación, allá en Roma, en la Basílica Laterana, lejos de nuestras patrias, nos acercamos al altar: la semilla estaba en el surco y pedíamos a Dios que la hiciera germinar. Y yo pienso que cuando haya pasado mucho tiempo cuando infinitas imágenes hayan sucedido en nuestros recuerdos, cuando muchas generaciones hayan ido plasmando en realizaciones lo que es nuestro ideal, aún entonces el recuerdo de ese día no podrá desaparecer, aún entonces el recuerdo de esa fecha será un símbolo que dirá que entonces comenzó nuestra obra y que, al desenvolverse por esfuerzos sucesivos, esa otra algo hizo porque por sobre las tierras ibero americanas se extendiera bienhechora la sombra de la Cruz.

Manuel A. Garretón W.,

Presidente de la C. I. D. E. C.